

03/
El perdón:
Cafarnaúm

Dejarnos sanar por Cristo

Los milagros de Jesús fueron actos de misericordia que nos invitan a ver su compasión y su deseo de curar nuestras heridas, físicas, emocionales y espirituales. En el tiempo de Cuaresma recibimos una gracia especial para disponer el corazón, para reconocernos profundamente necesitados de Aquel que nos ha amado hasta el extremo.

Evangelio Lc 13, 1-9

Evangelio del 23 de marzo

Conversión y misericordia

En aquel momento se presentaron algunos a contar a Jesús lo de los galileos, cuya sangre había mezclado Pilato con la de los sacrificios que ofrecían.

Jesús respondió: «¿Pensáis que esos galileos eran más pecadores que los demás galileos porque han padecido todo esto? Os digo que no; y, si no os convertís, todos pereceréis lo mismo. O aquellos dieciocho sobre los que cayó la torre en Siloé y los mató, ¿pensáis que eran más culpables que los demás habitantes de Jerusalén? Os digo que no; y, si no os convertís, todos pereceréis de la misma manera».

Y les dijo esta parábola:

«Uno tenía una higuera plantada en su viña, y fue a buscar fruto en ella, y no lo encontró. Dijo entonces al viñador: “Ya ves, tres años llevo viniendo a buscar fruto en esta higuera, y no lo encuentro. Córdala. ¿Para qué va a perjudicar el terreno?”. Pero el viñador respondió: “Señor, déjala todavía este año y mientras tanto yo cavaré alrededor y le echaré estiércol, a ver si da fruto en adelante. Si no, la puedes cortar”».

Reto

¿En qué me tengo que convertir?

A veces, pensamos que la conversión es un momento único, épico, un fogonazo de luz que te hace caer del caballo, como a San Pablo. Y tenemos parte de razón: es algo muy grande. Pero no necesariamente por la envergadura o epicidad del momento. Sino porque es cuando nos damos cuenta de que somos profundamente amados. Y eso no tiene por qué suceder una única vez y a lo grande. En nuestra vida, hay continuas conversiones.

Cada vez que nos confesamos, que Dios nos da una luz sobre un aspecto de nuestra vida, cada vez que acogemos nuestros límites y aceptamos que no somos perfectos, pero que Dios nos ama así. Cada vez que recomenzamos, que nos caemos y nos levantamos.

Te animo a pensar, con el Señor, en qué cosas pequeñas te pide Él que te conviertas: ¿Qué límites todavía no acepto de mí? ¿Qué lucha me cuesta entregarte? ¿Qué me pides hoy en mi casa?

Porque toda nuestra vida es una conversión. Conversión hacia Cristo. Para ser —como tantas veces y tantos santos han recordado— otros Cristos en la Tierra.

Tres suspiros

¿Qué puede dar un niño, sino sólo pequeñeces?

Te miro y como respuesta está el silencio. Suelto un suspiro y levanto de nuevo la mirada. Allí estás. Detrás de aquel Sagrario, detrás de aquella puerta dorada, sé que me ves, que me oyes... que me sonrías. No has venido para quedarte en el dorado de un copón, pero sí en el dorado de mi corazón. La reflexión de la santa Teresa del Niño Jesús me estremece y me hace reconocer con contrición las indelicadezas que de costumbre te traigo, Jesús. Y aún así, te importan mis pequeñeces, te importan mis heridas.

Se me escapa otro suspiro y con el corazón encogido reconozco que me he acercado descaradamente a hablar contigo. A dejarme mirar por ti, para pedirte perdón. No tengo cosas grandes, es más, lo único que tengo son deseos, pues mis manos vienen manchadas y, encima, cargadas de solo miserias.

La sonrisa de tu Madre, desde aquel retablo, me acoge y con ternura me recuerda que “no son los sanos los que necesitan médico, sino los enfermos” (Mc 2,17). Del fondo del pecho nace un anhelo; deseo escuchar tu voz, Jesús, reconocer tu timbre, tocar tu humanidad, palpar con certeza tu presencia y tu perdón.

Dentro de poco, las palabras de la absolución pronunciadas por tu sacerdote resonarán en mis oídos. He hecho mi examen, y espero mi turno para la confesión. Es así como sé que quieres confortar aquella aspiración, aquel deseo de sentir tu humanidad.

“Padre, me has comentado: yo tengo muchas equivocaciones, muchos errores. —Ya lo sé, te he respondido. Pero Dios Nuestro Señor, que también lo sabe y cuenta con eso, sólo te pide la humildad de reconocerlo, y la lucha para rectificar, para servirle cada día mejor, con más vida interior, con una oración continua, con la piedad y con el empleo de los medios adecuados para santificar tu trabajo” (Forja, n.379).

MIÉRCOLES 19 DE MARZO

Mis miserias son mi regocijo, y con san Pablo, me alegro de mi debilidad, porque por ella puedo estar cerca de Ti. Jesús, gracias porque, como a un niño pequeño, lo levantas cuando cae. Me quieres así, como soy, reconociendo que sin Ti no puedo nada, y a la vez, me quieres así, pequeño humilde. De ser más grande, no podría ser cargado en tus brazos.

Tercer suspiro, y miro tu crucifijo. Gracias por tu perdón. Y ahora, inevitablemente, también te suelto una petición: Jesús, que me des un corazón grande como el tuyo, porque —como lo decía aquel santo aragonés— quien sabe amar no necesita aprender a perdonar (Surco, n.804).

Aquí me tienes, Señor

Cuidar es mucho más que sanar. Leí esto el otro día y es cierto. Porque, como aprendió el Principito, “el tiempo que perdiste por tu rosa hace que tu rosa sea tan importante”. Porque a veces no hay cura, pero siempre hay espacio para, simplemente, estar y dejarnos ser. El nuestro no es un Dios que venga a solucionarnos la vida. A eliminar lo que nos hace sufrir. No. Él es un Padre que nos cuida. Que te cuida a ti, en singular. Que te acompaña en cada momento. Cuando sufres. Cuando las cosas no salen. Está ahí.

Hoy quiero ser consciente de esto, Señor. Quiero hablar contigo, de tú a Tú. Meterme en tu Palabra como si fuera un personaje más. Me imagino entre los apóstoles. Entre esos galileos que se acercaban a ti. Me imagino sentándome en la tierra, caliente por el sol, y fijar los ojos y los oídos en ti. Pero escucho y a veces no entiendo tus palabras: ¿Pensáis que esos galileos eran más pecadores que los demás galileos porque han padecido todo esto? Os digo que no; y, si no os convertís, todos pereceréis lo mismo.

Pero antes de que me dé tiempo a levantar la mano, te adelantas con una parábola. Siempre vas por delante, Señor. Porque tu amor nos precede. Tú me has amado primero, y yo solo tengo que corresponder. Que decirte que sí, fiarme y confiar en ti. Y por eso, hoy quiero decirte que aquí estoy, Señor, escuchándote, sentada a tus pies. Para hacer tu voluntad.

JUEVES 20 DE MARZO

Y quiero decirte que aquí me tienes; que quiero aprovechar este tiempo para acercarme más a ti. Como esa niña que, de lejos, corre por un camino hacia los brazos de su Padre. Así me imagino esta Cuaresma. Quizás haya momentos difíciles en el camino, piedras que cuesten más, o incluso me caiga. Pero, Señor, quiero levantarme de prisa y seguir corriendo hacia ti. Con esa ilusión de niña.

Aquí me tienes, Señor, para hacer tu voluntad. Pero, para eso, me pides ser valiente. Para ver qué hay dentro de mí: ¿Qué deseo, qué busco, qué anhelo? Y luego para preguntarte a ti: ¿qué deseas, qué buscas, qué quieres de mí?

¿Qué necesitas de mí para poder hacer realidad tu sueño? Señor, transforma mi corazón para que sepa mirar como Tú, acompañar como Tú, querer como Tú. Hoy, ahora. ¿En qué quieres que me convierta esta Cuaresma, Señor?

Sé que a veces busco respuestas inmediatas, que me cuesta parar, escucharte y comprender que tus respuestas se iluminan donde quizás menos lo espero. Por eso quiero estar atenta. Dejarte aquí todo y confiar en que Tú siempre respondes con infinita gracia. Señor, te pido que, como San José, tenga el corazón atento para escucharte siempre, ¡hasta en sueños! Que mi corazón siempre te mire a ti, para descubrir, en lo más pequeño de cada día, tu voluntad.

Madre mía, que sepa, como Tú, decir que sí -hágase- en esta Cuaresma a cada lucha, a cada alegría, a cada regalo de tu Hijo. Para así llegar corriendo a sus brazos, extendidos en la Cruz en un abrazo eterno.

Llama

Llevar el Mensaje fuera de la burbuja, pero hoy, para ti

El perdón, las heridas, el dolor, la compasión son cosas profundamente humanas. Algo que nos une tantas veces al que tenemos al lado. Y es que no se trata de meter a Dios con calzador en nuestra vida o en la de los demás, sino de descubrir dónde y cómo se manifiesta. Porque Él siempre está, le veamos o no. Seamos conscientes o no.

Quizás hoy no necesitas que te hablen de Dios. O ese amigo no lo necesita. Solo necesitas saber que tienes a alguien: busca a ese amigo, esa amiga, ese hermano a quien le puedas contar lo que te hace sufrir. Quien te escuche y te deje su hombro. Quien te diga, no lo que quieres oír, sino lo que necesitas. Quien te quiera por quien eres y no por lo que haces o das. Llama. Porque a quien llama, se le abre.

Todo el que pide, recibe; y el que busca, halla; y al que llama, se le abrirá (Mt 7, 8)

Preguntas al aire

EXAMEN DE CONCIENCIA

«Los que siembran con lágrimas cosechan entre cantares de alegría» (Salmo 125,5).

¿Cómo busco en Ti, Señor, el consuelo y la paz?

Cuando trato a los demás, ¿de qué manera podría transmitir paz, consuelo y alegría?

¿Cómo he reaccionado esta semana ante las cosas que no salen como esperaba?

Como preparación para la Pascua, Tú, Señor, nos regalas cada año la Cuaresma, un tiempo de oración y penitencia. ¿En qué aspectos de mi vida estás esperando una conversión de mi corazón?

«Si el grano de trigo no muere al caer en tierra, queda infecundo, pero si muere, produce mucho fruto» (Jn 12, 24). «El espíritu de penitencia está principalmente en aprovechar esas abundantes pequeñeces — acciones, renunciaciones, sacrificios, servicios — que encontramos cada día en el camino (...) y formar así un ramillete al final del día: un hermoso ramo, que ofrecemos a Dios!» (Camino, n. 408). ¿Aprovecho, Jesús, todo, todo, todo, lo que vivo cada día -lo bueno y lo malo, lo que me ilusiona y lo que me cuesta-, para ofrecértelo con amor?

«La vida cristiana es un constante comenzar y recomenzar, un renovarse cada día. Cristo resucita en nosotros, si nos hacemos coparticipes de su Cruz y de su Muerte» (Es Cristo que pasa, n. 114). ¿Cómo podría acompañarte, Señor, durante esta Cuaresma? ¿Vivo el ayuno sabiendo que es una invitación a recordar que el alimento que sacia el hambre y la sed del hombre no es el material, sino Tú, Señor, el mismo Dios?

Tabla de ascesis

REGALOS PARA JESÚS

	ASCESIS	L17	M18	X19	J20	V21	S22	D23
SEÑOR, TE ALABARÉ A TRAVÉS DE MI CUERPO	Minuto heroico							
	Ejercicio cuatro días							
	Abstinencia							
	Decidir sobre la comida							
	Tres comidas diarias							
	Ayuno de Cuaresma							
	Descanso de 7h							
SEÑOR, TE ALABARÉ A TRAVÉS DE MI MENTE	Redes sociales							
	Pelis, series, programas...							
	Elevarse con los oídos							
	Solo compras necesarias							
	Nada de cotilleos ni quejas							
	Una misma cosa a la vez							
	Menos atención al móvil							
SEÑOR, TE ALABARÉ A TRAVÉS DE MI ALMA	Misa diaria							
	Adoración semanal							
	Confesión quincenal							
	Oración diaria (15 min.)							
	Primer y último momento del día							
	Rosario diario							
	1h por el Corazón de Jesús							

La siguiente etapa
continúa en...

JERUSALÉN

